

EL TALLER DE LAS CARDENAS

Al escavar el terreno apelmazado por el tiempo y sacar las cosas para atraerlas al conocimiento del día, es inevitable que se mezclen con otras recientes y aún vivas, si bien abocadas ya a la desaparición. ¡Y qué gusto de retener su recuerdo y hacerlas perennes antes de enterrarlas!

La melancolía que nos invade pensando en la vida es inefable. Cada persona se traza su camino. Los que salieron juntos, abrieron con sus plantas un abanico de sendas que, de no pisarlas, se fueron igualando y al volver la cabeza, se encuentra que las hierbas silvestres cubrieron el campo y borraron las pisadas. No hay camino fijo ni seguro. Otros pasos harán nuevas sendas con aires diferentes, pero aunque al mirar atrás se distinga mal la senda propia, el pensamiento y, lo que es más importante, el propio corazón, se aferran al recuerdo inmarcesible de la juventud, que hasta llega a parecer más florida de lo que fue, porque se la siente más que como fuera, como pudo ser. Resulta que muchos actos de los que apenas se fue espectador o mero conocedor por lecturas o referencias, se ven, se sienten o se añoran en la vejez, como si se hubiera sido protagonista de la función, una función de representaciones suficientes para llenar una edad.

Personalmente, puedo decir que la vida de Madrid me caló hasta lo más hondo y exaltó mi sentimiento por demás, sin que nunca interviniera en las fiestas de mi tiempo que, sin embargo, conocía al dedillo y seguía en relatos y novelas de la época. Aquel sentir me puso en forma de poder hacer algo y tal vez hubiera podido hacerlo, de tener el maestro que guía y la mano experimentada y amiga que conduce rectamente, evitando los extravíos.

Ahora aprecio y me asombro cómo aquel ambiente romántico, de aristocratismo y popularismo, zumbón y jaranero, podía impregnar y contagiar a cualquier chico de pueblo que viviera en un tabuco, trabajando en un oficio. Su influencia era tan decisiva y tan útil la proximidad y la vista de los grandes hombres, que de los chicos del barrio los hubo hasta ministros. Rozarse con Don Alberto Aguilera, con Moret, con Benavente, con Cajal, con Doña Emilia, con Saiz de Armesto, frontero de mi piso en la calle de los Tres Peces, y demás personalidades, era diario en las calles donde vivían, junto con tocaores y bailaores de colmado, toreros de tronío y Duques y Marqueses de renombrada alcurnia. Y eso fue lo que formó la personalidad de nuestro Don Juan de Dios Raboso en el mismo barrio, que sin embargo no fue lo que pudo ser, por las faltas dichas, tan generales, y que le cogieron de lleno estorbándole toda su vida. Con Don Toribio Fernández, el popular médico de los incurables de Antón Martín, combatió leal pero encarnizadamente, por las actas de la Diputación.

Otros médicos había por allí a quienes esa emulación noble les hizo destacarse. Don Florentino Molás pasó de su humildad de la calle Tole-